

Contrapunto con la docencia francotiradora

“Yo sí sé”

CÉSAR AUGUSTO MONTES L. *
FILO DE PALABRA / CS & P

Por oficio, los profesionales deben desarrollar intervenciones sobre realidades o solucionar diariamente las demandas de servicios que les formulan personas y organizaciones. Por obligación, los profesores debemos difundir unas teorías, conceptos, tecnologías y técnicas de intervención o desempeño profesional.

Corresponde a la academia analizar, interpretar, criticar y hacer propuestas a la sociedad o al medio profesional, en las diversas áreas de trabajo. Por ello mismo, es esperable que los profesores realicen análisis, seguimientos al desempeño de los profesionales de su área de dominio, planteamientos críticos sobre el quehacer de sus colegas o sobre las orientaciones que toma la práctica profesional y empresarial.

Les toca a los profesionales hacer, equivocarse y acertar en la vida diaria; intervenir y dirigir dentro de las limitaciones y oportunidades que les ofrece el contexto específico. En términos generales, no es

su misión distanciarse para mirar los fenómenos y sus propias actuaciones, elaborar sistematizaciones sobre ellas, o aplicar conceptos o teorías para interpretarlos o criticarlos.



Marta Minujin. David fragmentándose. 1987

Es indispensable que las instituciones de educación superior lideren la investigación (¿científica?), en especial en ciencias sociales y humanidades. Son los profesores -convertidos en investigadores- los primeros responsables de esa producción investigativa.

* Decano de la facultad de Comunicación Social y Periodismo. Universidad de Manizales.

Sin embargo, lo que sí resulta ilógico e insoportable es la frescura y desparpajo con que algunos de nuestros colegas se refieren al trabajo de los profesionales que no tienen "la suerte" de ser profesores universitarios. Es frecuente escucharles referirse a la forma y contenido de las acciones de los otros profesionales en términos desobligantes, anecdóticos y "de paso". Con mucho de emoción y algo de humor en contra de los que se desgastan en el oficio cotidiano, dan a entender que ellos (los profesores) sí saben cómo hacer lo que hasta ahora ninguno de esos otros profesionales ha podido hacer, o que lo realiza con errores evitables.

Pero no les pregunte a esta subcategoría de profesores por sus propias producciones, por la sistematización de sus críticas, por las explicaciones conceptuales para esos errores, o por la propuesta conceptual, metodológica o curricular para evitar ese tipo de desconocimientos o errores.

La opinión "libre" se opone así a la producción académica e investigativa (científica, tecnológica o académica). Nos quedamos con la exposición de simples percepciones expresadas ante una audiencia "cautiva" (los estudiantes), generalmente sin capacidad o poder para contradecirles. Máxime si esas afirmaciones son planteadas dentro del tiempo reservado para que el profesor hable -en clase.

Al amparo de la sombra que brinda la universidad, disparan contra todo lo que se mueva, pero ellos permanecen estáti-

cos, bien resguardados. Ni siquiera sistematizan sus quejas -visceralmente en su mayoría.

Una de las razones para esta "inmunidad", puede ser que parte de esos docentes son profesionales graduados que se convirtieron en profesores sin poseer la experiencia profesional específica en los temas propios de su área de acción o de apreciación. O que tienen experiencia, pero olvidan algunas de las circunstancias del "mundo de la vida" empresarial o del trabajo. O poseen una buena experiencia -previa o simultánea con su docencia-, pero en su buena intención pasan por alto limitantes, condiciones y factores que condicionan el accionar de los profesionales. Le es dable a la academia la actividad contemplativa, pero es un lujo que se debe pagar con producción intelectual.

Ahora bien, cuando se piensa en estos términos sobre los juicios implacables de esos compañeros -afortunados profesores universitarios- uno se vuelve sospechoso de algo así como querer esconder "verdades" que no necesitan ser demostradas: que casi todos los profesionales son malos, menos el profesor que los critica; que son torpes o perezosos, o se les olvidó lo que aprendieron en la universidad -lo que al parecer les sucede a quienes no trabajan en las universidades-; que se dejan comprar y son atíéticos, cosa que no ocurre con nosotros los profesores universitarios; que laboran para empresas, organizaciones y gobiernos desalmados, descuidados, y deshumanizados: algo

que no se presentaría en la universidad. Pero dejemos algo en claro: Seguramente el ejercicio profesional tiene casos (muchos o pocos) en los que cotidianamente se muestran incongruencias, errores, faltas de rigor o de profundidad; pero esa evaluación dogmática, doctoral y de menosprecio por el quehacer profesional no es una posición académica. Es más bien una postura (o "pose") que supone que sólo "yo" —que enseñe pero no me toca hacer— sé cómo se deberían hacer las cosas en el mundo profesional. Como si existieran fórmulas, deducidas de un saber preexistente, para ilustrar el camino que el profesional ha de seguir en cada caso.

En la repetitiva función del profesional se tienen que presentar rutinas, limitaciones a la creatividad, fatigas y formas

estereotipadas de actuar. "Pecados" en los que no cae el cómodo profesor. Para descubrirlas, habría que analizar su cotidianidad (clases, ejercicios, ejemplos, exámenes o evaluaciones y hasta sus chistes en clase), y así tener una más completa información sobre la corrección de su saber-hacer en el día a día.

Más osadía que rigor; más comodidad que realizaciones; más quejas que

propuestas, más lugares comunes que análisis, más frases hechas que acumulación de información y trabajo con conceptos. Así no gana respetabilidad la academia.

PS: Claro que este escrito no pasa de ser otra prueba de esa "libertad" de criticar que nos ofrece el estar a cubierto, bajo el techo de la universidad, viendo lo que otros hacen. Así sean los otros profesores.

